



Tragedia y Modernidad

Simon CRITCHLEY

Simon Critchley es de esos pensadores que no dejan indiferente a nadie. Y no como consecuencia de un fenómeno aleatorio sino porque precisamente eso (no generar indiferencia, provocar, despertar reacciones) es una parte consustancial de su proyecto y trayectoria intelectual. Una trayectoria de la que Ramón del Castillo, en la nota introductoria a este *Tragedia y Modernidad*, da excelente y extensa cuenta. Veinte prolijas y deliciosas páginas por las que podemos recorrer las andanzas y vicisitudes de esta figura de la filosofía política, donde se entrelazan su semblanza intelectual con acontecimientos vitales. Sabemos de sus orígenes humildes en la periferia de Londres, su adolescencia complicada y arropada por las bandas de música y la estética *punk*, su trabajo como operario de fábrica con accidentes laborales incluidos que terminan destrozándole la mano izquierda y apartándolo para siempre de la guitarra. “Tenía dieciocho años y las drogas no sirvieron para nada, excepto para empeorarlo todo, hasta que de repente –cosas de la vida– algo que no le había interesado lo más mínimo, la filosofía, le ayudó a salir del agujero” (p. 8). Y vaya si lo hizo. Cuatro años más tarde ingresaba en la Universidad de Essex para estudiar literatura inglesa y europea. “A los veinticinco años Critchley descubre a Althusser, Foucault y Derrida a través de la asociación comunista de estudiantes de Essex, y se escapa a Francia con una novia y sin intenciones de volver” (p. 10). Allí se lesiona el oído, aprende francés y escribe una tesis dedicada a Heidegger y Carnap. Más tarde, regresa a Inglaterra y escribe una segunda tesis, esta vez, sobre Derrida y Levinas. “Para mediados de los noventa, Critchley se ha convertido en un referente en lengua inglesa de la filosofía «continental»” (p. 11).

No obstante, es su obra posterior la que le sitúa en el candelero de la escena filosófica de actualidad con títulos, muchos estos ya traducidos al castellano, como *Muy poco... casi nada. Sobre el nihilismo contemporáneo*, o *La demanda infinita. La ética del compromiso y la política de la resistencia*, pasando por *El libro de los filósofos muertos*, así como *El humor*. Una situación que nos ha permitido asistir a, entre otras, su rechazo a las posiciones heideggerianas sobre la interiorización de la muerte como puerta de la autenticidad, su cuestionamiento del psicoanálisis lacaniano y su comprensión del mecanismo de sublimación, o sus acaloradas discusiones con Žižek en torno a su teoría de la comedia. Unas discusiones que para Del Castillo dejan claro que

las formas de concebir la política y las maneras de entender la risa y el llanto van de la mano. Después de todo, *todo* es una cuestión de violencia; quizás la comedia es una tragedia que acaba felizmente [o una que no acaba tan atrozmente como se esperaba, o eso parece]. Y la tragedia, quizá sea una comedia que acaba con más cantidad de sangre y cadáveres de lo que se esperaba, a veces arrasando con toda ilusión, otras dejando pequeños signos de «un más allá de la carnicería» (pp. 18-19).

Es desde aquí, y de su contacto con Judith Butler, Cecilia Sjöholm, y la escritora Anne Carson, donde conviene enmarcar el movimiento de Critchley, en el que pasa de hablar del humor a hacerlo de la tragedia. Para él, a diferencia de Žižek, “la verdadera tragedia quizás siempre tiene algo de ridículo” (p. 20), y no encarna “una concepción fatalista de la condición humana” (p. 21). La tragedia es

una forma realista de encarar reveses y desastres del pasado y del presente, sin hacerse muchas ilusiones de futuro. La mirada trágica ayuda a contemplar un panorama de permanente violencia y crueldad, y cobra consciencia de la imposibilidad de reconciliar las atrocidades humanas con un orden normativo. Representa la grandeza humana como algo que siempre acaba en nada, pero no convierte esa nada en algo grande. Logra presentar lo humano como un exceso, pero un exceso que puede servir como punto de partida para una vida en común, si no más humana, menos cruel. Los desastres continuos, el dolor y el sufrimiento infinitos, después de todo, no matan toda la esperanza de los desesperanzados. La tragedia no es una rendición, ni la define solo la catástrofe final. También es un proceso de autoconocimiento (pp. 21-22).

Y es que, sea como fuere, “ni el espíritu trágico, ni la esperanza de Critchley son una broma” (p. 25).

Tragedia y Modernidad, contiene, junto con la nota introductoria que acaba de comentarse, dos escritos. El primero *Filosofía de la tragedia, tragedia de la filosofía* corresponde con una conferencia presentada por Critchley en Madrid en mayo de 2012 dentro del marco del simposio *Frames of Ethics*. El segundo *Tragedia y modernidad. La lógica del afecto* es la entrevista que Todd Kesselman mantiene con Critchley, un año antes, en Nueva York. El orden, no cronológico, en que se nos presentan cae bien: leemos, en el primero, la *idea general* del libro imaginado por Critchley sobre la *Filosofía de la Tragedia* (y que entonces, esperaba publicar pronto, aunque, todavía, no hay constancia de que efectivamente vaya a hacerlo, pero sí de que sigue trabajando en ello –si visitamos los cursos que ha impartido en la *New School* de Nueva York durante el curso pasado, *ahí está*–); mientras que apreciamos, en el segundo, la *cara B* de esa idea general, los motivos y pulsiones intelectuales que ya barrunta sobre el asunto de la tragedia y que vienen a completar y matizar el primer texto. Cae tan bien, que parece casi una coda que ha viajado al futuro, por lo que conviene apreciarlos, al primero y al segundo, como una unidad.

Critchley no se anda con rodeos y enseguida, en *Filosofía de la tragedia, tragedia de la filosofía* responde directamente a la pregunta de qué quiere decir, qué significa, cuando escribe *tragedia*. Invocando a Esquilo, primer gran representante de la tragedia clásica griega, afirma que la tragedia “es someterse a un sufrimiento que puede conducir a la experiencia de una verdad que no es ni contemplativa [o sea, filosófica] ni determinista [es decir, científica], sino que surge de una experiencia visceral de los conflictos endémicos de la acción humana, conflictos que afrontamos personal y políticamente en nuestro día a día” (pp. 29-30). También, pues, desde el principio anuncia que su comprensión de la experiencia de lo trágico puede y es una condición de la vida humana que abarca tanto su dimensión individual (personal) como la social (política). Lo trágico no es triste, sino que se refiere a “una experiencia de la ambigüedad moral, de complejidad política y de divisibilidad del yo. La tragedia realza lo que es perecedero, frágil y moroso en nosotros. [...] La tragedia ralentiza las cosas confrontándonos con aquello que ignoramos sobre nosotros mismos” (p. 30). La tragedia así entendida, no nos lleva a la desesperanza o la resignación moral, sino que, al contrario, descubre el “profundo sentido ético de nuestro yo en su radical dependencia de los otros” (p. 31). La tragedia, tanto la clásica como la moderna (Critchley no las ve sustancialmente distintas) comparten unos personajes caracterizados por tener que relacionarse con unos *otros* que les son extraños, y por encontrarse en situaciones a las que se han visto abocados y en las que se encuentran desorientados. “No saben cómo actuar” (p. 31). Es ante la pregunta del *¿qué debo hacer?* en que está instalada la tragedia, donde se encuentra el hilo de esperanza y posibilidades que, también, le caracteriza. La experiencia de la tragedia nos enfrenta a “la potencialidad de la acción reflexiva y su inevitable dificultad en un mundo caracterizado por la ambigüedad, donde lo correcto siempre parece estar de ambos lados” (p. 32). Tanto es así que “la tragedia es la vida del escepticismo, y el escepticismo es un indicador de cierta orientación ética en el mundo” (Ídem). Lo sorprendente, y sobre lo que Critchley quiere llamar nuestra atención es que, de hecho, toda la filosofía, el nacimiento mismo de la filosofía en Occidente y su desarrollo hasta nuestros días, se ha basado en excluir la tragedia y las experiencias que esta implica. A partir de la definición de tragedia que articula Critchley y de este diagnóstico sobre el desarrollo de la historia de la filosofía, quiere defender “la idea de que la tragedia articula una visión filosófica que cuestiona la autoridad de la filosofía misma, dando voz a lo que es contradictorio, precario y limitado en nosotros mismos” (p. 34); o, dicho de otro modo, que “la tragedia da voz a lo que sufre en nosotros y en otros, diciéndonos cómo podemos llegar a ser conscientes de este sufrimiento y cómo podemos elaborar ese sufrimiento que es el *pathos* al que estamos sometidos” (Ídem). Critchley lleva estas ideas a las tensiones (*¿tragedias?*) de la geopolítica contemporánea, deteniéndose en los casos de la conocida como *crisis de la Eurozona* y de la *lógica de la venganza tras el 11-S*. En el primer caso, tenemos una *crisis* tan crítica que los medios definen como *trágica* y en la que, para rizar el rizo, Grecia (cuna de la tragedia clásica) juega el papel protagonista. Una tragedia en la que, como en la historia de Edipo que Critchley pasa a comentar, no debe entenderse “como una simple desgracia” (p. 36), ni como “un desastre que queda fuera de nuestro control” (Ídem). Las tragedias, todas, tanto la de la Eurozona como la del propio Edipo, “muestran la manera en la que somos cómplices, al parecer sin saberlo, de la calamidad que se cierne sobre nosotros” (Ídem). Edipo no sabe que las decisiones que va tomando le están conduciendo hacia la calamidad de convertirse en un parricida y un incestuoso, pero, de hecho, las decisiones que lo llevan a esa situación, las toma él, libremente. *¿Acaso desconocer cuáles serían las consecuencias*

de sus actos, hace a Edipo menos responsable de su destino? ¿Acaso no podemos ver en la tragedia griega de la Eurozona contemporánea, también, una trama argumental formalmente similar? ¿Acaso la tragedia actual no nos confronta a las decisiones tomadas en el pasado? ¿Acaso no nos fuerza a pensar más profundamente qué está pasando, qué hemos de hacer, qué es lo que hemos hecho? Quizá, que estas preguntas no estén protagonizando la escena política y que el discurso dominante sea uno que nos presenta el panorama actual como una *situación inevitable a las que nos hemos visto abocados* (y ya está), se explique por no entender la tragedia en el sentido propuesto por Critchley y, con ello, estemos perdiendo el horizonte de posibilidades que se abriría al abrazar la potencialidad de la acción reflexiva que entraña la tragedia.

El euro es un inmenso búmeran que está ocupado golpeando a millones de personas. Y los líderes europeos, con su ceguera, siguen actuando como si nada. Lo trágico es que sabíamos eso todo el tiempo, y colaboramos con ello de una forma arrogante, dogmática y complaciente. Por vergüenza no quisimos escuchar ni ver nada. Toda esa trágica verdad que distinguimos en los desesperados intentos por salvar la Unión Europea sin asumir responsabilidad alguna, es algo que de alguna manera nosotros mismos ansiábamos y que posiblemente terminará con la destrucción de la UE tal como la conocemos (p. 39).

Como segundo ejemplo de ceguera ante la tragedia, Critchley se detiene en la respuesta a los atentados del 11-S. Concretamente, habla de la tragedia que conlleva la lógica de la venganza que la caracterizó, por la cual se opta por infligir dolor y sufrimiento a quien me ha hecho daño, y donde lo correcto es devolver el golpe. El mal que el otro me ha hecho me justifica a mí para hacer el mal, pero, caigo en el error fatal de no ver que quedo envuelto en una espiral de violencia sin fin. Tal es la situación vivida hace unos años, el arranque de la espiral que hoy nos sigue envolviendo. “La horrible violencia del 11-S es justificada por al-Qaeda por un acto de venganza que, a su vez, justifica la venganza de Bush tras los ataques” (p. 42). Una espiral que impide ver “que la venganza es un pésimo motivo para la acción. Cuando actuamos por venganza, lo único que recibimos a cambio es más venganza” (Ídem). Una situación especialmente curiosa, apunta Critchley, cuando recuerda cómo Bush, ante la pregunta de qué filósofo le había influenciado más, respondió que había sido Cristo, porque había cambiado su corazón. Una respuesta no muy coherente con sus actos porque, “¿cuál habría sido la recomendación de Jesucristo en respuesta al 11-S? La contestación es clara: poner la otra mejilla” (p. 43). Y dice más: “¿Qué hubiera pasado si el gobierno americano decide poner la otra mejilla y perdonar a sus atacantes, no siete, sino setenta veces siete?” (Ídem). Que estas preguntas no formen parte del discurso político dominante acerca de la política internacional de Estados Unidos tras los atentados terroristas del 2001, viene a ser, a su vez, la prueba de la oportunidad ética perdida que supuso la tragedia del 11-S. La tragedia enseña que todo razonamiento sobre la acción “es siempre un proceso de frágil negociación en medio de un mundo irreductiblemente violento” (p. 47). Violento y politeísta, en el sentido de aceptar que vivimos en un mundo con una amplia diversidad de concepciones de lo que es bueno. Y es aquí donde llega la provocación: “a la luz del peculiar razonamiento de la tragedia, es prudente abandonar cualquier noción de monoteísmo, tanto el monoteísmo de las tres grandes religiones como el monoteísmo secular de la democracia y los derechos humanos” (Ídem). Evitando trasmutar este comentario en un *spoiler* en toda regla, dejaré que la entrevista *Tragedia y modernidad. La lógica del afecto* sea el lector quien la descubra. No sin antes, subrayar que lo que Critchley nos propone en este pequeño volumen es cultivar una sensibilidad trágica que nos obligue “a ver nuestra implicación y responsabilidad en las luchas del

presente” (p. 50). Una sensibilidad con la que asumir y ser conscientes de que “vivimos en un mundo que es nuestra propia creación, y de que el teatro es ese mundo hecho ficción, y que podemos aprender de él. Y que lo que podemos aprender de él, es nuestra rigurosa situación moral y de ambigüedad política” (p. 64). Cabe (como es mi caso) discrepar sobre la forma que toma su defensa del *politeísmo* moral y su viabilidad, pero el ejercicio que Critchley nos propone en *Tragedia y Modernidad* (conocer lo trágico en nosotros y nuestro tiempo para redescubrir nuestra modernidad –personal y política–) es, cuanto menos, estimulante, y me parece que encontrará buena acogida entre una amplia audiencia de lectores.

Ficha técnica del libro:

Título:	Tragedia y Modernidad
Autores:	Simon Critchley
Editorial:	Madrid, Trotta, 2014.
Número de páginas:	78

Bianca THOILLIEZ

